

# EL MALEFICIO DE HERMANN BROCH: CONTRA LA IDEOLOGÍA DE LA SANGRE Y EL SUELO

Vladimiro Rivas Iturralde

La editorial argentina Adriana Hidalgo nos dio en 2002 una sorpresa, un regalo precioso: la primera versión en español de *El maleficio* (*Die Verzauberung*), la novela póstuma de Hermann Broch (1886-1951), publicada por su hijo en 1958 en Rhein-Verlag AG. Zurich. Sorpresa, no sólo por la novedad, sino porque apenas se comprende que hayan transcurrido más de 40 años entre la primera edición alemana y su traducción al español.

Que Hermann Broch es uno de los más grandes novelistas del siglo xx no es un misterio. Lo que no sospechábamos ni quienes lo hemos seguido con devoción y lealtad es que existiera –además de *Los sonámbulos* (1930-32), *La dimensión desconocida* (1933), *La muerte de Virgilio* (1945)

y *Los inocentes* (1950) otra novela suya en estado publicable. Que todavía podamos descubrir obra suya inédita constituye un privilegio y una alegría.

La génesis y accidentado desarrollo de *Die Verzauberung* ha dado lugar a no pocas confusiones. El autorizado biógrafo y compilador de sus obras completas, Paul M. Lützel, habla de tres versiones de la novela, que iban a constituir otra trilogía que se llamaría *Demeter*. La primera fue sacada clandestinamente de Austria durante el *Anschluss* (1938) gracias al periodista Louis Barcata y entregada en Inglaterra a Willia y Edwin Muir, sus traductores al inglés, quienes a su vez se la enviaron a Broch un año más tarde, cuando ya vivía en Estados Unidos. La segunda, reelaborada, pero incompleta, es la

que ha llegado hasta nosotros. La tercera, inconclusa, es la obra que minó todas las energías del escritor hasta matarlo de un ataque cardíaco el 30 de mayo de 1951 en New Haven. No puedo asegurar si la presente edición combina o no la segunda con la tercera versión, es decir, si incluye o no los capítulos revisados por Broch.

Exquisitamente traducida por Claudia Baricco, *El maleficio* es ante todo, como lo fue también *La muerte de Virgilio*, un gran poema en prosa. Es una puesta en escena de los orígenes simbólicos del nazismo, y, en palabras de Broch, “una novela religiosa, en cuyo centro se encuentran fenómenos de psicología de masas”. Como en *La muerte de Virgilio*, el judío Broch –convertido al catolicismo, y filósofo extraviado en la literatura– hace coincidir en un punto el compromiso, la poesía, la metafísica, la religión y el mito.

Narración en primera persona de un médico rural que ha decidido dar las espaldas a la ciencia y al mundanal ruido de las ciudades para aproximarse al mundo del trabajo cotidiano en el campo, la novela discurre entre paisajes y climas descritos con pasión, elegancia y profundidad, y entre los aldeanos puros de la montaña (“Sólo el campesino”, había escrito en *La muerte de Virgilio*,

“posee la piedad del pueblo romano, aunque se halle ya en peligro de caer en la codicia general”). Un forastero, Marius Ratti –trasunto de Hitler–, figura mesiánica, carismática, con la irracionalidad de las ideas del predominio de la sangre y el suelo, asciende irresistiblemente al poder de la aldea y, en medio de un ritual dionisiaco, preside el sacrificio de una muchacha, la novia de la montaña. La contraparte del fanático, Madre Gisson, dotada de excepcional sabiduría, no es, sin embargo, lo suficientemente fuerte para distraer a la masa de la seducción hipnótica ante el líder que anuncia el fin de una época y el comienzo de otra, presidida por él. Madre Gisson, la matriarca –sabio y entrañable personaje– encarna el auténtico espíritu religioso, mientras que Marius Ratti personifica el sucedáneo de lo religioso, la corrupción total en la ética y la política, es decir, el mal. Con su “discurso de mística maligna y extraviada”, organiza con sus adeptos una fuerza de choque, un pequeño ejército de fanáticos; fomenta el odio contra el saber y la razón y se instala en los sustitutos del saber: en el ejercicio de la mera disciplina, la repetición de dogmas, el cántico de himnos fascistoides, y la protesta

de juramentos sagrados de adhesión proferidos “por propia voluntad”; adula a la juventud y desprecia el viejo orden –basado en la sabiduría primordial de la matriarca–; misógino, fundamenta el nuevo orden en el predominio del hombre y la sola función reproductiva de la mujer; estimula en la masa un demencial ejercicio de rituales de muerte, como el sacrificio de Irmgard, la doncella: con este sacrificio ritual irrumpe lo arcaico, “aquello que atrae y seduce cuando el orden siente asco de sí mismo”. Es, en suma, el líder indispensable, sin el cual el maleficio –la seducción que lleva al engaño– no funciona. En virtud de la contraposición Marius –Madre Gisson, y el análisis de la génesis del nazismo, las afinidades de esta novela con el *Doctor Faustus* de Thomas Mann saltan a la vista.

La alta dimensión simbólica y metafísica del libro contribuye quizá a escamotear la dimensión real de los hechos. Lo específicamente narrativo se somete siempre a lo simbólico y poético, que no siempre le hacen justicia al horror, a la pesadilla histórica que el libro anuncia. Es verdad que Broch no pretende asomarse al frenesí criminal del nazismo en el poder sino al otro, al

huevo de la serpiente, aunque no hay un ropaje histórico concreto que haga más palpable el momento al que estamos asistiendo. Pero examinar los orígenes del nazismo desde el mito y la poesía comporta indudables riesgos, que Broch se decidió a asumir.

Uno de los problemas (inherentes a la verosimilitud) que la novela ofrece radica en la indiscriminada nobleza del lenguaje literario. Las abundantes descripciones y reflexiones, de gran belleza y profundidad, constituyen un estimulante regalo para el lector, pero todos los personajes parecen hablar como el autor, y no como campesinos. La mirada de Broch, siempre atenta al resplandor de lo eterno, frecuenta una metafísica en la que términos como “infinitud” o “eternidad” llegan a ratos a estorbar. Su estilo sentencioso usa y abusa de los conceptos, de los verbos filosóficos “ser” o “constituir”. Alerta a la esencia del hombre más que a su existencia concreta, este filósofo extraviado en la literatura, este poeta que se negaba a admitir que lo era, ha dado con *El maleficio* un libro inteligente, poético, literario y políticamente comprometido hasta el tuétano, bellamente escrito y forzosamente incompleto.